

# UN TESTIGO MAS



Vicente Zaforas, S. I.

**E**l gran público no se sentirá especialmente conmovido con la noticia de que se ha descubierto en Egipto un papiro que se supone del año 200 p. C. aproximadamente (1).

Y esto aunque contenga el texto griego de los catorce primeros capítulos del Evangelio de San Juan, con lagunas de escasa importancia (2).

Los católicos iniciados en el problema de la autenticidad del texto de los Evangelios escucharán sin duda con interés la noticia del nuevo hallazgo y el ligerísimo comentario del hecho que nos proponemos hacer en esta nota.

(1) Sin embargo —y es prueba del interés vital del tema que enfocamos— varios periódicos europeos, aparte de las revistas científicas, se han hecho eco del acontecimiento: el *Frankfurter Allgemeine Zeitung für Deutschland*, del 8 de septiembre último, el *Algemeen Handelsblad* de Amsterdam, el 12 sept., el *Rheinischer Merkur*, de 21 sept. En España *La Estafeta Literaria*, 76, pg. 3, del 29 de diciembre, ha publicado un breve artículo de J. R. SANJURJO, «El papiro Bodmer. Un evangelio del siglo II ».

(2) Falta, por ej., el pasaje de la mujer adúltera (lo 7<sup>88</sup>.8<sup>11</sup>) y el v. 4 del cap. 5.

Podemos decir más. Esos iniciados habría que esperar lo fuesen todos los católicos cultos, a los que con razón se les puede exigir una justificación de su aceptación racional de la fe. Porque antes de creer *porque Cristo lo ha dicho* lo que los Evangelios contienen, de be estar probado que —tal y como ahora los poseemos— reproducen de hecho fielmente *lo que Cristo dijo e hizo*. No quiere esto decir que *sólo* por la Sagrada Escritura conozcamos la vida y doctrina de Cristo. Los católicos admitimos y defendemos la tradición como genuina fuente de revelación. Pero esto no resta todo interés al tema, ni mucho menos. En el campo protestante es de vida o muerte.

Como es sabido, esta cuestión es apologetica, previa a las dogmáticas. Ha de resolverse con método científico de pura crítica histórica literaria. No es lícito apoyarse en argumentos de Escritura —de su valor se trata en la investigación— ni de autoridad doctrinal— toda la de la Iglesia se funda en parte muy importante en ciertos textos bíblicos, de los Evangelios en concreto.

### El descubrimiento

Hace unos meses el Prof. Víctor Martín, de Ginebra, anunció la próxima edición del texto del papiro. Se publicó ya un facsímil de la primera hoja (3).

Los técnicos dictaminaron que se trataba de un manuscrito, en magnífico estado de conservación, cuya fecha había que colocarla entre el año 150 y 250.

El papiro había sido poco antes encontrado en Egipto y adquirido por M. Bodmer, fundador de la Biblioteca Bodmeriana de Cologny (Suiza).

Ya ha aparecido la edición íntegra

(3) G. MALDFELD, *Papyrus Bodmer II Ioh. Kap. 1-14*, NovTest I (1956) 153 ss. En el facsímil puede leerse lo 1<sup>1-14</sup>

(4) El original tiene forma de códice. Consta de cinco cuadernos (cosidos como los cuadernillos de nuestros libros actuales). El primero, el tercero y el cuarto tienen cada uno cinco hojas de papiro, dobladas por la mitad, con lo que resultan veinte páginas en cada cuadernillo. Las páginas de todo el códice están numeradas: la última es la 108. Faltan cuatro páginas intermedias que constituían solas otro cuadernillo, de una sola hoja, y que contenían desde el versículo 11 hasta el 35 del capítulo 6. La escritura es regular y fácilmente legible. El tamaño de las páginas es de 16'2 cm. de altura por 14'2 de anchura. Poseemos muy probablemente con este códice, considerado su formato manual, un libro copiado para el uso privado de algún cristiano.

Bibliográficamente han sido de interés estas noticias porque hasta hace poco se creía que por el siglo II y III sólo se usaron rollos o volúmenes. Y ahora —por éste y otros hallazgos— se ve que las obras cristianas se empezaron a escribir en códices papiráceos desde el siglo II, mientras que el rollo se utiliza para las obras de literatura pagana hasta finales del III. Seguramente esto se debió al deseo de los cristianos de reunir en un solo códice el texto de todos o gran parte de los libros sagrados, cosa imposible en un rollo (5).

### ¿Sensacional?

A decir verdad, aunque valiosísimo y apreciable por algunas razones peculiares, el hallazgo de este documento no debe considerarse decisivo.

No podría tenerse por tal la entrada en el juicio de un testigo que viene a confirmar lo que otros 4678 habían de-

(4) *Papyrus Bodmer II. Evangile de Jean chap 1-14*. Publié par V. Martin. Cologny-Geneve. Bibliotheca Bodmeriana, 1956.

(5) Cfr. F. KENYON, *La Biblia y los recientes descubrimientos arqueológicos*, Conferencia en la Real Ac. de la Historia, Madrid, 15-XI-1946.



clarado, substancialmente unánimes, aun después de sometidos a un despiadado careo. Sólo papiros con fragmentos del Nuevo Testamento, en 1954, estaban catalogados 64, otro esperaba la publicación y algunos más se encontraban entre los lotes localizados en Palestina y trasladados a Lovaina para su estudio (6).

Se supone que el Bodmer II será designado con el número 66 : P66.

Del Evangelio de San Juan ya el año 1935 se tuvo noticia de un papiro de principios del siglo II, bastante anterior por tanto al recientemente encontrado, pero que sólo nos transmitía desde ese tiempo un pequeño fragmento del capítulo 18 (7). El mismo año 1935 se publicó otro papiro del siglo II. Contiene parte de un evangelio apócrifo, pero con referencias evidentes y textos sacados de los cuatro evangelios canónicos (8).

Su especial valor, por tanto, le viene al papiro Bodmer II de la amplia extensión de su texto unida a la remotísima antigüedad del documento.

#### El año 1931 y los Evangelios

El *Times* del 19 de noviembre de 1931 publicó una nota de F. Kenyon, director del Museo Británico. Anunciaba el descubrimiento de una serie de manuscritos del siglo III que contenían

(6) Cfr. KURT ALAND, *Zur Liste der Neutestamentlichen Handschriften. V.*, en ZNW 45 (1954) 187 ss. Con los hallazgos registrados en 16 de junio de 1954 llegaban los códices unciales a 239, los minúsculos a 2491, los leccionarios a 1748. Actualmente —crece constantemente el catálogo de los manuscritos neotestamentarios— el mismo K Aland, que es el encargado internacional para la catalogación oficial de estos manuscritos, nos da la cifra global de 4678 (en *Eine Sensation auf neutestamentlichen Gebiet*, publicado en el *Schweizerischen evangelischen Pressedienst* del 19-XII-56; citado por Brändle, P 66, *Orientierung* del 15-1-57, pg. 1. ss.)

(7) Es el P<sup>32</sup>, publicado por Roberts, *An unpublished fragment of the Fourth Gospel in the John Rylands Library*, Manchester 1935.

(8) H. IDRIS BELL and T. C. SKEAT, *Fragments of an unknown Gospel and other early Christian papyri*. London 1935. Es conocido como Egerton 2.

una gran parte del Nuevo Testamento (9). La noticia se recibió como sensacional porque era la primera gran confirmación de la ingente labor crítica e histórica realizada para conocer con toda exactitud el texto original de los Evangelios.

Como fruto de estas investigaciones los espíritus equilibrados habían recordado ya entonces la plena confianza en el texto transmitido hasta nuestros días. Tal confianza había sido perturbada antes por las hipótesis lanzadas en el siglo XIX por los racionalistas y más aún a principios del XX por los modernistas: ¿no serían nuestros Evangelios colecciones de mitos creados en el transcurso del tiempo por la imaginación piadosa de los primitivos cristianos, no habría sido el Cristo histórico transfigurado y desfigurado en otro "Cristo de la fe"?

La comparación y agrupación en familias de los códices más antiguos con el resultado de las grandes ediciones críticas de Tischendorf, Wescott-Hort, Weiss, Soden, etc., garantizaban ya en 1931 la existencia de un texto único del Nuevo Testamento, aunque ciertamente con abundantísimas variantes accidentales.

Pero de todos los manuscritos griegos hasta la fecha conocidos ninguno se remontaba más allá del siglo IV (8)

(9) Son los celeberrimos «Chester Beatty» (P<sup>45</sup>, P<sup>46</sup> y P<sup>47</sup>). Los editó el mismo Kenyon en 1933 (I, II), 1934 (III), 1936 (Sup. III). Sir Chester Beatty fué quien los adquirió. Se guardan en Londres. Del P<sup>45</sup> y P<sup>46</sup> algunos folios se encuentran en Viena y Universidad de Michigan, respectivamente.

(8) Los dos códices unciales más antiguos conocidos con el S (Sinaitico) y el B (Vaticano). Ambos del siglo IV. El S lo encontró Tischendorf en 1844 en el monasterio de S. Catalina, del Monte Sinaí. Llevó 43 hojas a Leipzig. El resto del códice lo compró en 1859 el Zar Alejandro II y se guardó en la Biblioteca Imperial de Petrogrado hasta el 28 de septiembre de 1933 en que fué vendido al Museo Británico, donde entre grandes precauciones se conserva ahora. Los 100.000 libras que costó fueron reunidas por suscripción popular abierta por el *Times*. El B se conserva en la Bibl. Vaticana desde 1475. Se desconoce su procedencia. Napoleón se lo llevó a París en 1809. Pero hubo de ser devuelto en 1815.

¿No cabía una radical evolución del texto en la amplia laguna de cuatro siglos?

De hecho esta hipótesis podía eliminarse aun entonces recurriendo a la comparación del texto de las ediciones críticas con el de las traducciones (la siríaca y la latina primitiva, del siglo II), con los citas de los escritores del siglo II y aun I, etc. Hay abundancia de otros argumentos, por ejemplo, el que se deduce del respeto religioso e interés de los cristianos por conservar incontaminada la tradición.

### Los Papiros

Pero toda esta argumentación más o menos indirecta vino a ser confirmada de manera inesperable y se pudo sustituir de pronto por el argumento directo de los papiros "Chester Beatty" (9). Ellos volvían a probar que los Evangelios de la primera mitad del siglo III eran los mismos que los de finales del IV. Kenyon, pues, podía dar la noticia como sensacional. Muchos que seguían aferrados a prejuicios de evolución literaria se rindieron a la evidencia.

Y en 1935 la laguna volvía a reducirse por el nuevo hallazgo a que antes nos hemos referido. El papiro 52 nos pone ya en los comienzos del siglo II, o sea pocos años después de la composición del cuarto Evangelio (10).

El papiro Bodmer II, al reproducirnos no unas líneas del conjunto perdido sino catorce capítulos, nos confirma de nuevo en que ya en el siglo II se transmitía, como algo perfectamente definido y establecido, al texto de los Evangelios. Y específicamente el de San Juan, que ha sido el más combatido.

Hemos de agradecer a Dios la especial providencia que ha usado a favor nuestro en la transmisión de la doctrina y vida auténtica de Jesucristo. El amor de los primitivos cristianos a los Evangelios hizo que llenasen el mundo de monumentos al mismo tiempo del texto original del Nuevo Testamento y de su apego fervoroso a la palabra de Dios. Cuando el moderno espíritu crítico ha intentado sacudir la posesión pacífica de la verdad cristiana, han aparecido nuevas pruebas de su solidez. Es una tímida afirmación decir que de la comparación establecida con *cualquiera* de los demás libros antiguos críticamente admitidos como auténticos se deduce la absoluta superioridad de los Evangelios en cuanto a certeza de autenticidad. Esta dista tanto en uno y otro caso que podemos afirmar que es esencialmente distinta. Los argumentos a favor de la integridad de los Evangelios, en su coincidencia, nos lanzan fuera del campo de la certeza moral, histórica, hasta el de lo poseído con indefectibilidad metafísica.

(9) Cfr. J. LEAL, *El valor histórico de los Evangelios*, Granada, 1956, pg. 181s.

(10) «Las doctrinas de la escuela de Tubinga están ahora completamente desacreditadas. No es demasiado decir que ningún investigador de juicio recto e imparcial puede negarse a aceptar los libros del Nuevo Testamento tal como ellos se presentan (como la historia y enseñanza de Jesucristo, legada por sus seguidores durante la generación posterior a su vida, y las cartas del Apóstol, principal agente de la extensión del cristianismo a través del mundo romano). Especialmente el libro más discutido de todos ellos, el cuarto Evangelio, resulta confirmado decisivamente en su fecha tradicional, y la creencia en su tradicional autoridad se refuerza de modo notable». Así escribía Kenyon en el discurso, antes citado, de 1946, pg. 17 s.